



Sonet vox tua in auribus meis.

Resuene tu voz en mis oídos.

CANT. CANTIC. II, 14.

HOY hace 625 años acababa de presenciarse en el monasterio de Fossa-Nova la escena más tierna que pueda imaginar un mortal. En pequeña celda, con el pavimento cubierto de ceniza, apoyado á humilde lecho monacal y sostenido por dos Frailes Predicadores, está arrodillado otro hijo de Santo Domingo, que presenta los síntomas de la muerte. Á pesar de la enfermedad que lo devora, su complexión pingüe y robusta no ha desaparecido, se ve que es de elevada estatura, de calva frente, de tez morena como los nacidos en la Italia meridional, y de ojos brillantes que no se opacan ni en los momentos de expirar.

En esta postura, tan difícil para un moribundo, se prepara á recibir el Pan sacrosanto que ha de servirle

de Viático en la jornada á la Eternidad, y al ver que se le presenta el sacerdote, exclama con voz clara y vibrante: «Yo creo firmemente que Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, está en este augusto Sacramento. Yo os adoro, oh mi Dios y mi Salvador: os recibo como precio de mi rescate y viático de mi peregrinación. Vos sois Aquél por cuyo amor he estudiado, trabajado, predicado y enseñado. Confío en que jamás he trazado una tilde que fuese contraria á Vuestra Divina Palabra; pero si por ignorancia tal desgracia me ha acontecido, yo públicamente me retracto, y someto mis escritos al juicio de la Santa Iglesia Romana.»

Estos escritos eran la *Summa Theologica*, que después de la Biblia es el *Libro* por excelencia de la Iglesia; la *Summa* contra los Gentiles, los Comentarios á los Evangelios, á los libros inspirados de Isaías y de Job, y á los cuatro del Maestro de las Sentencias; las grandes Obras filosóficas, que aun hoy nos sirven de guía; los incontables opúsculos que ni el tiempo, destructor universal, ha podido aniquilar; el Oficio del Augustísimo Sacramento que rezamos los sacerdotes con tanta delicia, y la explicación del Cantar de los Cantares compuesta en su última enfermedad. Su autor, que con tanta humildad los sujeta al juicio de la Iglesia, ha obtenido ya de Jesucristo mismo la aprobación irreformable, cuando en celeste visión le dirigió el Crucificado las memorables palabras: *bien has escrito acerca de Mi: bene scripsisti de Me*. Es el que motejado en su juventud con el apodo del *Buey mudo*, es ya conocido como

el Ángel de las escuelas. Es el que la Iglesia venerará como el Doctor Angélico, y será designado bajo el glorioso nombre de Sol de la ciencia Teológica. Es Santo Tomás de Aquino, cuya fiesta celebramos en este día, y cuyo panegírico, en circunstancias ordinarias, debería yo pronunciar.

Pero hoy no me atrevo. Conducimos al altar á nuevo sacerdote, y presentarle en medio del sacrificio que por primera vez ofrece tímidamente, al Sol de Aquino, en todo el esplendor de su saber, sería deslumbrarlo, cegararlo, desanimarlo; y es preciso velar los rayos del Astro refulgente y suavizar su luz. Voy, pues, en rápido discurso, á presentároslo á guisa de sombra que apenas llega se desvanece, no como sabio y Doctor, sino como ejemplar y santísimo sacerdote. Voy, mejor dicho, á abrir alguno de sus libros, y entresacando una que otra sentencia sobre el sacerdocio; rogarle, puesto que con sus escritos aún nos habla, *defunctus adhuc loquitur*, que haga resonar su dulce voz en esta festividad: *sonet vox tua in auribus meis*.

Acaece á menudo que los sabios, absortos en sus investigaciones científicas, embebidos en las letras que á todas horas cultivan, ni tienen tiempo para dedicarse de un modo especial á prácticas piadosas, ni resplandecen en lo general por una tierna devoción. Y notad que no me refiero tan sólo á los que cultivan las ciencias profanas. Esta observación es igualmente aplicable á los más insignes canonistas y á los teólogos más sublimes. Á ello parece aludir el autor de la Imitación

de Cristo, cuando en el primer capítulo de su admirable libro nos dice: «¿Qué te aprovecha disputar altas cosas de la Trinidad, si no eres humilde, por donde desagradas á la Trinidad...? Más deseo sentir la contrición que saber definirla.» No sólo, sino que parece que el Señor, para impedir que los grandes ingenios se dejen llevar del espíritu de soberbia, permite que sean tentados acerca de los mismos misterios que tan hábilmente explican; y que al que ha probado hasta la evidencia la doctrina de la transubstanciación, por ejemplo, le asalten dudas acerca de la presencia real, á la hora misma de ofrecer el sacrificio de la Misa.

No así á Santo Tomás. Las lágrimas con que bañaba el altar cada vez que sobre él inmolaba al Cordero Inmaculado, demostraban su devoción tiernísima á Jesucristo real y verdaderamente presente bajo las especies sacramentales. Los arrobamientos celestes que más de una vez lo sacaron fuera de sí en la celebración de los divinos misterios, prueban que no sólo creía lo que enseñaba, sino que antes que comunicarlas á sus oyentes, se persuadía á sí mismo de las verdades que en la cátedra explicaba. La costumbre que tenía de prepararse largamente á celebrar, y de dar gracias oyendo otra misa ó ayudándola, demuestra que lo que enseñó en la *Summa* sobre la bondad, pureza y piedad que ha de distinguir al sacerdote, lo puso en práctica, antes que en sus discípulos en su propia persona.

Á primera vista, nos dice (p. 3.^a, q. LXXXII), cualquiera juzgaría que no vale menos la misa de un sa-

cerdote indigno, que la que celebra un ministro perfecto, puro y sin mancha. *Videtur quod missa sacerdotis mali non minus valeat quam missa sacerdotis boni.* Recordad las palabras del Magno Gregorio: «¡Ay! En qué error tan grave caen los que afirman que los divinos y ocultos misterios pueden santificarse más por algunos. ¿No saben que el único y el mismo divino Espíritu es quien oculta esos misterios, y los santifica por medio de su invisible operación?»

Igualmente (objeta) del mismo modo que el bautismo se confiere por la virtud de Cristo, y no es mejor el bautismo del ministro fiel, que el del indigno, otro tanto debiera decirse del sacramento del Altar.

Además, el mérito de los diversos sacerdotes, no sólo se mide por lo bueno y lo mejor, sino por lo bueno y lo malo. Si, pues, la misa del sacerdote más digno es mejor, se seguiría la absurda consecuencia de que la misa del sacerdote prevaricador sea también mala, cuando por el contrario nos enseña San Agustín, que la malicia de los ministros no puede redundar en contra de los misterios de Cristo.

Á estas objeciones que el mismo Santo propone, responde ante todo con la autoridad de la Iglesia, citando el texto de las decretales que dice: *Cuanto más dignos sean los sacerdotes, tanto más fácilmente los escucha el Señor en sus oraciones.*

Desenvuelve en seguida estos argumentos: «Dos cosas hay que considerar en la misa: el sacramento mismo, que es lo principal, y las oraciones que en ella se

elevan al Omnipotente por los vivos y los difuntos. Por lo que toca al Sacramento, de seguro que no vale más la misa celebrada por un sacerdote ejemplar, que la que reza un ministro infiel á sus deberes, puesto que en uno y otro caso se lleva á cabo el sacramento. Si á la oración miramos, también es doble el aspecto bajo el cual podemos considerarla. El primero se relaciona con la devoción del sacerdote que en la misa eleva al Señor sus plegarias, y aquí no hay duda que es más fructífera la misa del sacerdote más ferviente. Pero si hablamos de las preces que en el sacrificio profiere el sacerdote á nombre y haciendo las veces de la Iglesia toda, de quien es ministro, entonces produce sus frutos la oración del sacerdote pecador, no sólo en la misa, sino en todos los oficios eclesiásticos en que ora personificando á la Iglesia, por más que sus plegarias particulares de nada le aprovechen. Tal dijo Salomón en los Proverbios: *Quien desvía sus orejas para no oír la ley, hace que sea execrable su oración: qui declinat aures suas ne audiat legem, oratio ejus erit execrabilis.*

En este sentido habla San Gregorio en el texto objetado, en que se refiere tan sólo á la santidad del sacramento.

En el bautismo no se dirigen á Dios solemnes plegarias por todos los fieles como en la misa.

En cuanto al último argumento hay que notar que por virtud del Espíritu Santo, quien por la unidad de la caridad comunica entre sí los bienes de los miembros de Cristo, sucede que el provecho privado de la

misa de un sacerdote virtuoso alcanza también á los demás. Por el contrario, el crimen particular de un ministro prevaricador, no puede dañar á otro, á no ser que preste su consentimiento.

Basta ya, oh Doctor Angélico, basta con este artículo de tu *Summa* inmortal. Estas tus palabras son más que suficientes para enseñar al joven presbítero que hoy se acerca á las aras, que al dejarse imponer las manos del sacerdocio, no ha dado más que el primer paso en la carrera del ministerio. Desde hoy, más todavía que desde el instante en que recibió las primeras órdenes, debe dedicarse á la oración y al estudio, para poder conservar la gracia que se le ha conferido, y crecer continuamente en virtudes. Erraría grandemente, si creyera que ha llegado á la meta. Ahora es cuando de veras empieza la lucha; hoy es cuando se encuentra al principio del estadio.

Al estudio, he dicho, y no os figuréis que es contradecirme, acabando de afirmar que no quiero cegarlo con los esplendores del Sol de Aquino, mostrándole á Santo Tomás como sabio sin segundo y Doctor inmortal. No, no pretendo que recorra como aquél las Universidades, ni que enseñe desde la edad de veinte años hasta los cincuenta, ni que haga sudar los tórculos bajo incontables lucubraciones, ni que dicte á cuatro amanuenses á la vez y, vencido por el sueño, siga dictando dormido como aquél preclarísimo ingenio. No, no todos los sacerdotes han de ser doctores en la Iglesia de Dios, como ya insinuaba San Pablo; pero todos han de

estudiar, y sin el estudio es casi imposible conservar esa pureza de vida que se necesita para que todas las misas se celebren con el fervor de la primera, y valgan no tan sólo como sacrificio, sino en virtud de las fervientes plegarias del digno ministro.

Pero si no pretendo que profundice los arcanos de la Teología ó suba á las cátedras universitarias, sí le pido que como Tomás predique la Divina Palabra, con igual placer que á los sabios, á los ignorantes; con igual delicia que en las grandes ciudades, en las campiñas. Sí le pido que se santifique á sí propio, santificando al prójimo en la administración de los sacramentos, á semejanza de aquél su consanguíneo, que á mi lado trabajó en el sagrado ministerio, ya como humilde coadjutor de más humilde párroco, ya como pastor de almas en importante parroquia, ya acompañándome en la santa pastoral visita, ya predicando entre fervientes religiosas, ya mostrando, como David, su amor al decoro de la Casa de Dios, dirigiendo las más augustas ceremonias; trabajos apostólicos que le merecieron un fin glorioso en el desempeño de sus funciones sacerdotales.

Tú recogiste su postrer suspiro, tú presenciaste sus últimos momentos. ¡Ah! De seguro no has olvidado las palabras que enternecido le dirigí, al llevar á sus lívidos labios el Cuerpo Sagrado de Nuestro Redentor que le sirvió de Viático en su jornada á la eternidad. «Te envidio, le dije, la dicha que te ha concedido el Padre de las Misericordias, permitiendo que des la vida por tus hermanos. Regocíjate y olvida tus dolores corporales,

al entrever la recompensa con que muy pronto va á premiar tus fatigas el Dios hecho Hombre, que bajo las especies sacramentales te presento y que de mis manos va á bajar á tu pecho. Has bebido el contagio administrando los auxilios espirituales á las víctimas de la epidemia que nos aflige. Has caído, como buen soldado de Jesucristo, en el campo de batalla. ¿Qué dicha mayor pudieras haber pedido al Divino Espíritu que te animó durante tu carrera sacerdotal? Recibe mis sinceros plácemes, y pide al Señor que los indignos ministros que te rodeamos, podamos merecer igual premio. Recibe, hermano, el Viático de Nuestro Señor Jesucristo. *Accipe, Frater Viaticum Domini Nostri Jesu Christi qui te defendat ab hoste maligno et perducatur in vitam aeternam.*»

De seguro, te diré una vez más, de seguro no has olvidado estas palabras dirigidas al sacerdote fiel en ocasión tan solemne. Ruego al Señor que el fervor con que ofrezcas este tu primer sacrificio, te alcance la gracia de servirle con pureza y con celo, y de lograr el fin dichoso que no ceso de envidiar á tu consanguíneo después de seis años, y que á ti también te auguro, como suprema recompensa, en este día faustísimo en que inmolas por vez primera el Cordero Inmaculado.

